



A Mar, amor, a morir

Ángel Armando Martínez Solís

Por: Ángel Armando Martínez Solís ¹

*Yo no sé si tenga amor, la eternidad,
pero allá tal como aquí
en la boca llevarás, sabor a mí.*

(Sabor a mí, fragmento) Álvaro Carrillo

Estaba dispuesto a invitarla por tercera vez. Hacía tanto que no la miraba y hoy en la plenitud del ocaso de aquel día de noviembre, estaba ahí, con su cabellera ondulada como olas de mar, negra como la soledad que había padecido en la lejanía de sus ojos, larga, como ese deseo que albergaba por caminar en esa espalda que arropaba su hermoso pelo. Era ella, no había duda, los años no podrían ser tan mala onda como para maquillar con esa belleza a alguien más. ¿Se seguirá llamando Sofía? –decía para sus adentros– ¿le seguirá gustando la pizza hawaiana con cátsup y polvos de picante rojo?, y así como esas preguntas, otras más llegaban, rompiendo como el oleaje del mar en las rocas, intermitentes y espumosas.

Hacía apenas ayer, que él había llegado de los Estados Unidos, donde estudió su carrera universitaria y los meses de prepa que le faltaban, después que lo sacaran de aquella escuela en la que Sofía era su compañera preferida de clase. Había decidido recoger sus pasos antes de llegar a visitar a la familia; pasear por el parque, caminar por la playa, visitar algunas plazas que le prodigarán felicidad de chamaco y adolescente enamorado. No avisarle a nadie y hacer una labor de reconocimiento de sus días de ayer en el presente.

¹ Ángel Armando Martínez Solís, es egresado de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación por el Centro de Estudios Universitarios Arkos. Es docente de nivel medio superior en las áreas de literatura y humanidades. Desarrolla trabajo de poesía en el taller literario 'El tintero'.

A sus 24 años y a los 23 de ella, ahí estaba, presa nuevamente de aquel cosquilleo estomacal que lo apartó de su tierra por casi 8 años, observando las manos de Sofía que iban y venían de un lado para otro atrapada en una charla con otra chica, aparentemente su amiga, la cual miraba el reloj insistentemente, mientras escuchaba la voz dulcísima que le robaba la calma.



Un aire de morbo lo recorrió de pies a cabeza y se preguntó si no estaba exagerando en su vigilancia, hasta que chocó con una leve sonrisa, una mirada y una señal clara e inconfundible de la invitación a ir hacia ella, entonces no dudó, enfiló sus pasos al interior del restaurante. La amiga que le acompañaba se puso de pie, hablaba por teléfono y señalaba su reloj una y otra vez en su rabia telefónica. Tomó su bolso y se marchó. Iba molesta, lo sintió al chocar

accidentalmente con ella, y ese “fíjate, idiota” se lo confirmó.

Toda una historia se rebobinaba paso con paso. Sus días de héroe infantil cuando la defendió de unos muchachos que la molestaban con insistencia, anexo a una nariz rota y un par de golpes que lo dejaron adolorido por un par de días; sus días en la secundaria, donde el más cautivador de sus apodos era “el chofis” en honor a esa pasión inocultable que lo envolvía. Recordó muy animosamente un día de diciembre, cuando rompieron piñatas en la escuela y se arrojó por el veintiúnico chocolate que cayó al piso, solo para regalárselo. Decía en su casi total fracaso, “ese chocolate es de Sofí” y lo consiguió gracias al domingo que conservaba en sus bolsillos. Fue el chocolate más caro que había comprado en su vida.

Le había costado la burla de todos sus compañeros y los 50 pesos que su padre le daba para sus lonches. Se burlaba de sí, y se decía, ¡cómo es que uno hace tantas tonterías por amor, caray!

Pero ni la burla ni los míseros 50 pesos le pesaban tanto como esa negativa consecutiva a la declaración de amor que acompañó al chocolate más caro.

La fiesta no había terminado cuando él ya estaba en su cuarto, encerrado de puertas a ventanas, llorando con el corazón roto, mientras su mamá con intentos de psicóloga repique y repique la puerta le explicaba la naturaleza del amor y el poder del tiempo como doctor de esos males. Esa escena se repitió dos veces. La segunda fue cuando iban a la prepa, esa sí fue insoportable. Pero el destino es lisonjero y acomoda las cosas en el tablero de los días, en su caso, fue semanas siguientes.

Su padre había sido removido, debido a su empeño y constancia en su trabajo, a una oficina de Estados Unidos, que la compañía abría allá y que consideraba que don Daniel era el indicado para dirigirla y operarla. Y así fue, durante siete años, hasta que se jubiló con una muy envidiable pensión.

Tenía casi un año sin ver a sus papás y hermana, pues él se quedó allá terminando su universidad. Quería darles la sorpresa en los días próximos, después de hacer el recorrido de sus memorias.

La saludó como cuando se saluda a los buenos recuerdos, con desesperación y con una sonrisa de idiota, la abrazó y sintió que ese era el mejor abrazo que jamás había recibido en su vida, y vaya que era todo un Mauricio Garcés, tenía mujeres apenas hiciera una llamada.

Se sentaron, él le invitó una copa y a cenar, ella sugirió una caminata y sentarse a las orillas del mar. Se posaron bajo una pequeña ramada, él se quitó la camisa de encima para que ella se sentara. Platicaron de muchas cosas, la secundaria, la prepa, los papás, los amigos, el presente y el futuro. Ella recién había terminado con su novio, un abogado en proceso, al que según ella quiso mucho, pero nunca amó. La abrazó, sintió un intenso deseo de asaltar su boca, y lo hizo, ella respondió al beso y se quedó pasmado. La tercera era la vencida y él estaba rendido en ella.

La mujer que había amado por más de diez años, hoy estaba en sus brazos, a la orilla de un mar cantarino, con una media luna en sus ojos, en plena media noche. Era increíble. Ni en sus más locas aventuras de colegial y universitario había sentido tanto calor corriéndole por los huesos, y por los no huesos. Sabía que necesitaba avanzar, pero no quería que esa pasión desbordante rompiera esa conexión al no ser compartida.

Hasta que sintió cómo ella le subió la camisa como si quisiera quitársela, y cómo ella bajó con sus manos hasta el cinturón y lo quitó, entonces supo que ese fuego era compartido y que era momento de fusionarlo, de hacerlo uno, de quitar esas cosas estorbosas que llaman ropa y acomodarla para convertirla en sábana y rodar en ella, con ella y sin ella, de ida y venida, de venida y vuelta hasta que la noche dejara de ser noche y el día empezara con sus aires de alba.

Despertó con una camisa puesta justo ahí, y escuchó murmullos, mismos que lo despertaron y alentaron a vestirse enseguida, se puso de pie y observó para todos lados. Ella ya no estaba ahí, lo había dejado, quizá vergonzosa, con miedo o quién sabe, pero él se sentía agotado y más vivo que nunca. Avanzó directo a su casa, esto tenían que saberlo los padres, el amor que tanto le había hecho sufrir en sus años de puberto y adolescente, hoy no solo era eso, era su amante también, y le correspondía, y fueron uno, y va a ser su novia.

Apenas llegó a su casa, llamó desesperado a su papá y mamá, no estaban, tampoco su hermana. Como traía llave, decidió entrar y aguardar en su habitación, misma que al abrir le puso ante los ojos una cajita que esperaba en su cama. Un regalo quizá, se dijo.

Lo abrió y se encontró con una foto suya de la secundaria, una de la preparatoria, ambas correspondían a una fiesta escolar, en donde Sofía y él estuvieron, y en donde también había sido rechazado por su nuevo y viejo amor tras una repentina y desbocada declaración. Fotos y algunas notas detrás de ellas era todo su contenido, de pronto una nota en papel rosa, con adornos muy bonitos y dedicación especial, la leyó atónito, todo se detuvo a su alrededor. Todo

“TE DIJE QUE SOLO MUERTA ESTARÍA
CONTIGO”

R. I. P.